

INFORME SOBRE LA NUEVA POESIA ARGENTINA

(1930 - 1958)

Intentar penetrar, como realidad y expresión el espíritu de la nueva poesía Argentina de más de un cuarto de siglo, es tarea de vastísima y compleja realización, desde donde se la observe y trate de asediar. Intentar delimitar sus nombres, sus obras y sus hechos más salientes, comporta otro estremecedor azar que, si bien es cierto, está lleno de dificultades, no es enteramente insalvable.

Trataremos, así, de proponer un panorama de carácter antológico, y en lo posible, al día, de nombres y obras, en la imposibilidad material, dada su numerosidad, nada más que de aquellos poetas de probada jerarquía vocacional y bien reconocida labor lírica.

Cuando decimos “poesía actual”, entiéndase el vocablo en equivalencia de “joven” o “nueva”. Esto es, de poesía que todavía está fructificando.

Con estas salvedades que harían demasiado extensa la brevedad que reclama menester tan largo, intentaremos, en lo que se considere de más importante y representativo, la esquemática valoración de uno de los períodos más ricos, más fecundos y, quizá, más resistidos de nuestra lírica.

La savia activa —viva— de nuestra actual poesía —y por ello su más genuina representación—, se debe a la plenitud de más de media docena de nombres, así como a la presencia de

una juventud apasionada y avizora que ha llevado nuestra lírica a vigencias de trascendentes cometido y realidad; juventud y nombres que afirman una serena lección de belleza y arraigo poético.

Los nombres pertenecen a aquel período que vino a renovar beneficiosamente nuestro medio literario, y que se lo conoce con el marbete de “martinierrismo”, “novisensibles”, o más comúnmente, “generación del 22”.

No vamos a referirnos a ella, (1) por cuanto escapa al presente propósito; pero sí es justicia mencionar, como saldo del balance definitivo de esa generación, los nombres de: Jorge Luis Borges, Ricardo E. Molinari, Francisco Luís Bernárdez, Leopoldo Marechal, Eduardo González Lanuza, Conrado Nalé Roxlo, Oliverio Girondo, Luís N. Franco, Carlos Mastronardi, José Pedroni, Horacio Rega Molina, Roberto Ledesma, José González Carbalho, entre muchos otros.

1. POETAS POSTERIORES AL MOVIMIENTO MARITIN FIERRO

Liquidado el movimiento “martinierrista”, cuando cada uno de sus integrantes, lejos de manifiestos, cenáculos y otras exteriorizaciones tan características en ellos, comienza la tarea silenciosa de emprender “la obra” —la obra de cada uno—; es decir, el trance de la profunda y seria maceración interior: cuando están ya dados a una verdadera tarea —búsqueda— de destino, hacia 1930, irrumpe un grupo, por aquel entonces mozo, en abierta disidencia con los poetas que les precedían.

Es cabeza visible y patrocinante, Arturo Combours Ocampo. Pronto lanzan “su manifiesto”, editan su revista y publi-

(1) Para mejor comprender la importancia de este movimiento, véase el exhaustivo trabajo de EVAR MÉNDEZ, *La Generación del periódico Martín Fierro, Contrapunto*, Año I, Nº 5, Buenos Aires, agosto de 1945; *El periódico Martín Fierro (1924-1949)*. (Memoria de sus antiguos colaboradores. Ed. Colombo. Buenos Aires, (1949) y, también: *Poesía Argentina Siglo XX*, por JUAN CARLOS GHIANO. Edit. Fondo de Cultura Económica, México de 1957.

can su "Antología". Antología de "La Novísima Poesía Argentina", tal vez de prematuro entusiasmo y que aglutina nombres de muy diversa calidad. (La mayoría de ellos, poco tiempo después, o dejan de escribir o derivan al periodismo activo; no faltando quienes se vuelquen al teatro; Ponferrada, por ejemplo).

"La Novísima Poesía Argentina", decían en la "Aclaración" al citado libro, al contrario de todas las obras similares que la precedieron, no clausura una época, no determina una escuela ni pretende ser incubadora de inmortales. La Novísima Poesía Argentina inicia un nuevo período literario—sin camarilla ni retóricas fijas—, teniendo en cuenta el trabajo por los coleccionados, desde fines de 1928 hasta la fecha". Es decir, tres años de poesía militante en el grupo.

"Letras", la revista que los reunió, como toda empresa de esta índole, ha sido efímera. Abundaron los manifiestos, las discusiones, las declaraciones y aclaraciones, y todo paró en eso: en un alegato de rebeldía estético— espiritual (2), que obra como reclamaban algunos de los propósitos iniciales. no logró respaldarse, posteriormente, en la continuidad de una obra como reclamaban algunos de los propósitos iniciales. "Nuestra generación, aseguraban, debe ser de equilibrio, de trabajo serio y metódico, no por comodidad, sino porque conociendo los extremos está curada de espanto".

Entre los agrupados en el libro, dan la continuidad de aquella entusiasta eclosión, mantenida a través de los años, unos pocos nombres. Ignacio B. Anzoátegui, Alberto Franco y el citado Combours Ocampo, cuya labor en el verso, es la manifestación de un fluído "ultraismo" pintorescamente acriollado.

Fuera de este episodio, y hacia este mismo tiempo, caben señalar otros poetas parejos en edad, pero que, sin participar de tertulias, cenáculos y polémicas, más bien por caminos de verdadera soledad creadora, constituyen el índice saliente y feliz de este capítulo: Jorge Enrique Ramponi, el

(2) "Nuestra posición espiritual" en "Letras" N° 17, abril 1933.

poeta de "Piedra Infinita", mineral en su canto y ancestralmente inmerso en la elementalidad recóndita y viva del existir, y una de las personalidades más fuertes de la lírica argentina de nuestros días; Juan L. Ortíz, decantado en la pureza recoleta de una poesía que se anima en el hombre y en el acontecer mismo de la vida; Osvaldo Horacio Dondo, de profunda y cristiana introspección; Arturo Horacio Ghida, voz alta y principal entre las voces de su generación y que, deplorablemente, no halló todavía el eco y la difusión que su labor silenciosa y original está reclamando, y Silvina Ocampo, de plástica y alucinadora vibración metafórica, diestra en lo formal, pero cuya obra innegablemente, personal y segura, se inclina más bien el período siguiente.

Aquí, se dejó de intento a una figura límite y de ponderada labor en nuestra lírica: Vicente Barbieri (3).

Vicente Barbieri, han escrito, "se ha quedado sin generación". Para nosotros, personalmente, el poeta de "Número Impar", por su madurez física, pertenece a la gente del "30", y por la intensidad de su sostenida y madurada obra, y sobre todo por su activa participación, a los poetas del "40". De ahí que sostengamos que Barbieri, es un nexo entre los que hoy tienen más de treinta y menos de cincuenta.

Este período transcurre a modo de una prolongación de los poetas "martinfierristas". Son sus voces más salientes, los ya nombrados y: María de Villarino, Fryda Schultz de Mantovani, Carlos Carlino, Alfredo Martínez Howard, Horacio Esteban Ratti, Andrés del Pozo, Mario Binetti, Mario Luis Descotte, quienes tienden a desenvolver sus afanes dentro de una ceñida contención de permanente clasicismo; buscando otros, los menos, Wally Zenner, Lydia Lamarque, la admirable traductora de Baudelaire a nuestro idioma; y Ulises Petit de Murat, Lisandro Z. D. Galtier, Marcos Victoria y Romualdo Brughetti, buscando, decimos, un camino de libertad

(3) Gran aporte a la comprensión de la poesía de este autor, es el libro de José Luis Ríos Patrón: *Vicente Barbieri*. Ed. La Mandrágora.

más visible, y José Portogalo, un desbordado pasionismo de poesía social.

2. GRUPO EL 40

El año 1940 marca, dentro de este cuarto de siglo de poesía argentina, la iniciación de unos de los capítulos más interesantes y discutidos de nuestra historia lírica. No es otro que la aparición, ese mismo año, de un grupo más o menos numeroso de poetas que, sin ningún nexo visible con los procedentes, y como producto de una sensibilidad ahincadamente melancólica y vuelta en sí misma —reflejo lejano de aquella hora de desastres y desolación en el plano universal—, encuentran sus grandes caminos en Lorca, Neruda, Milosz, Rilke y Cernuda, sin olvidar entre los nuestros a Borges, Molinari, Mastronardi, sacando así a nuestra poesía de aquella tónica borrosamente neoclásica en que se hallaba con la gran mayoría de los integrantes del período anterior, e infundiendo un sereno desborde humano de valor existencial, hondo y arraigado.

Ninguna estridencia, ninguna ruidosa negación ni altisonantes manifiestos. Apenas, un sobrio y breve auto de fe hacia la poesía, donde abiertamente se declaraba: “cada uno habrá de perseguir por sí mismo su sentido, su cauce diferente, su identidad profunda con el mundo”; (4) para, finalmente, resumir el afán del grupo en estas palabras que creemos se están cumpliendo en la obra de más de uno de ellos: “Queremos para nuestro país una poética que recoja su alienato, su signo geográfico y espiritual. Una poesía adentrada en el corazón del hombre, bien ceñida a su alma” (5).

Mucho se ha hablado —erróneamente la mayor de las veces, sobre los integrantes de este grupo o “generación”. Mucho, en pro y en contra. Comenzando por negársele el rótulo de “generación”. No está en nosotros ahora, orillar esta cues-

(4) y (5) *Canto* (Hojas de Poesía) Bs. As., junio 1 de 1940.

tión que, a los propósitos del presente trabajo, resulta más bien aislada y accesorio. Pero consideramos oportuno recordar la afirmación que hace al respecto, un conocido crítico español: "Debo confesar que así como estoy convencido de los generaciones políticas, ya que son una colectividad acuciada por una misma ideología, creo muy poco o nada en la cohesión y determinación de una generación literaria.

"Harto se ha visto con la más decantada de todos, la "generación del 98" española, que evidentemente desde un punto de vista social o ideológico, sus escritores —una numerosa parte de ellos— ofrecen escasísimas relaciones creadoras entre sí y se han desintegrado de su conjunto en dirección al novecentismo o a otras tendencias sin que falten tampoco dos de sus supervivientes que la han negado decididamente, hasta calificarla uno de ellos, Baroja, como "generación de malhechores", muy recientemente.

"Sin embargo, es evidente también, que en la poesía argentina, opulenta en la época contemporánea, se destaca claramente un grupo poético, correspondiente a una generación biológica, la de 1940, que está integrada por quienes presentando en la obra de cada uno características propias, han sentido cada vez más la necesidad imperiosa y la facultad libertadora de seguir nuevas rutas en el quehacer poético, diferentes de las que estaban al uso cuando aparecieron en las letras".

Por otra parte, y refiriéndose al mismo problema, un integrante de la primera hora del grupo, afirma: "Si descubriéramos ciertos signos o caracteres comunes en la poesía de los probables componentes de la generación "del 40", por más generales y formales que ellos fueran, habríamos obtenido la confirmación de su existencia, no ya tempore espacial ni "autoproclama", sino de naturaleza esencial".

"Para nosotros, continúa, esas características existen bien patentes, por más modestas o simples que se las pueda considerar desde otro punto de vista: el de la calidad. No se trata sólo de una vinculación de fechas y lugares, de una fraternidad (e incluso lo opuesto, pero igualmente común: rencillas, celos o re-

pulsas...), sino de cierto "clima" o "atmósfera" común a todos los componentes. Se ha dicho siempre, en efecto, que los poetas de la generación "del 40" son elegíacos. Tal hecho es esclarecedor: hay una cuerda común a la totalidad del supuesto grupo; no caben en él poetas de otra resonancia... Y si alguno de ellos se ha inclinado en algún momento por otro tipo de poética lo ha hecho con carácter inusitado y esporádico".

"En segundo lugar, dentro de este acento solidario en los poetas "del 40" que probaría la existencia de ellos como generación, se descubre un procedimiento que también es común: la doble tendencia hacia lo "universal" y lo "local", entrelazados en la mayoría de sus producciones, y desglosados en algunos que cultivan un lirismo completamente intemporal y en otros que se deciden cada más por lo "comarcal" (6). También César Fernández Moreno, por caminos más específicos, llega a conclusiones afirmativas.

De donde deducimos que existen factores y hechos que concurren a corroborar, en cierto modo, acertada la designación de "generación"; cuestión, por lo demás, tan debatida y que, hasta hoy, no ha logrado más que un "relativo acuerdo".

"Clima" o "atmósfera": he aquí la característica más saliente, la tónica más definidora de esta generación. No nos parecen exageradas las palabras de Luis Soler Cañas: "Algún día podrá verse con claridad qué rica, qué variada, qué múltiple fue esta generación; cuántos matices y cuántas diferencias de tonos, de acento, de estilo y de contenido nos dan sus principales integrantes... (7) "Nuestra actitud —afirma León Benarós en uno de los artículos más serios y esclarecedores (8), escritos hasta el presente sobre tan debatida cuestión—, era más recatada, quizá más profunda, menos ostentosa, más vuelta sobre nuestro ser, dolido por un mundo que caía en pedazos, y que todos

(6) ALBERTO PONCE DE LEÓN, *Sobre la realidad de la generación de "El 40"*, en "El 40", N° 6, Bs. As., Invierno 1953. (7) en *Canto 1 y 2*, Cuaderno de Poesía Argentina. Edición de la Universidad de Cuyo, Mendoza 1953. (8) *La Generación de 1940* (Introducción), en "El 40" (Revista Literaria de una generación), N° 1, Bs. As. Primavera de 1951.

nosotros sabíamos ya —y eso nos unía en nuestra dispersión aparente, que la literatura no era juego, un salir a romper faroles con ánimo deportivo, ni siquiera una inútil discusión, sino la serena angustia que en ese como renacimiento pascaliano que vivía aquel mundo y vive éste, nos decía que las culturas mueren como los hombres, que no construyen el escándalo y la burla, que, como dijo quien desde siglos parece haber estado residiendo en la tierra, “aquel que ríe, ése está fuera de la poesía”.

“Eramos graves. Somos graves.

.....
“Sabemos que lo auténtico no es la decoración, que lo verdadero duele siempre, que nada se construye sino sobre la vigilia apasionada.

.....
“Nosotros, desde nuestro mundo personal, buscamos lo esencial del verbo, más en el acontecer interior que en el deslumbrante artificio de la fácil y desmontable metáfora.

.....
“Nosotros somos graves, porque nacimos a la literatura bajo el signo de un mundo en que nadie podría reír. De ahí, pues que casi toda nuestra poesía sea elegíaca.

“Nuestros poemas, aun aparentemente obstruidos de adjetivación, excesiva a veces, buscan vertebrarse en una realidad total del alma. Desechan pues, los deslumbramientos parciales del fácil ingenio ultraísta. Se desnudan delante de la verdad; quieren no el brillo instantáneo, sino su integración en las fuentes puras de la vida.

Es de señalar, que en casi todos estos poetas, se advierte un decidido retorno a los más preclaros moldes clásicos, como ser, el Soneto. Retorno también operado en España, en las obras de muchos de la generación del “20”: Rafael Alberti, Gerardo Diego, y en la llamada del “36”: Miguel Hernández, Luís Rosales, Germán Bleiberg, Luís Felipe Vivanco, etc. remansándose otros, en un “neopularismo” de esencia argentina, (el “Cancionero” de Miguel Angel Gómez marca la

culminación de esta modalidad), y derivando, los menos, hacia un surrealismo de personales vivencias: Eduardo A. Jonquières, Enrique Molina (h) y César Fernández Moreno.

En la labor de este "Grupo" (9), vemos la profundidad de una constante y apasionada calidez humana junto al resumen de un desbordado acontecer de alma y paisajes, que siguen transitando con responsable madurez de voz y obra.

Pertenece al "40", desde la hora inicial y constiuyen sus figuras más salientes: Olga Orozco, Juan Rodolfo Wilcock, Eduardo Jorge Bosco (10), de temprana y lamentada desaparición, Basilio Uribe, Daniel Devoto, Ana María Chouhy Aguirre, fallecida; Miguel D. Etchebarne, León Benarós, Juan G. Ferreyra Bassa, Alberto Ponce de León, Roberto Paine, Alfonso Sola González, Jorge Calvetti, César Rosales, Gregorio Santos Hernando y otros.

Aunque no participaron en el movimiento desde sus comienzos, están incluídos en este período: Juan Solano Luís, Guillermo Etchebehere. También, hacia esta parte, suele ser colocado el autor de este intento, sin más mérito que el de su abierta vigilia por la poesía, y un encendido y paciente afán compenetrativo y de difusión de la obra de los demás. Otros nombres cabrían recordar. Nombres que pertenecieron al movimiento desde sus inicios; pero, como casi todos ellos derivaron a actividades no precisamente poéticas, consignamos aquí a: Adolfo Fernández de Obieta, con un intenso y hasta el presente, único libro, aparecido en 1939: "Destino de llorarte", José María Fernández Unsáin y Eduardo Calamaro; poetas que en el transcurso de los años, han reducido al silencio su labor poética.

(9) Consúltese mi Muestra: *Poesía Argentina 1940-1949*. Colección *El ciervo en el arroyo*, Buenos Aires, 1949; y, en la revista "Lyra", Nros. 125-127, primer trimestre de 1954: *Quince poetas argentinos actuales*.

(10) Tal vez la figura más importante del Grupo. Su obra reunida en dos tomos, comprende: *Prosa y Verso*. Ediciones del Angel Gulab. Bs. As., 1952.

3. TRANSICION HACIA LAS FUENTES MODERNAS Y TRADICIONALES

Por la voz, por el afán expresivo, y por una visible inclinación al hombre y al paisaje, el "40" tiene su más exacta sucesión en una numerosa cantidad de poetas afines a ellos, en gustos y sensibilidad. Poetas que, en el afán sostenido de sus inquietudes, reflejan a lo largo de sus obras, una para nosotros, "Transición hacia las Fuentes Modernas y Tradicionales". Esto es, un evidente equilibrio, tanto estrófico como emocional, y, en los de modernidad más acentuada, un apego a la libertad expresiva, aunque primando siempre la metáfora legiblemente sencilla y alejada de todo rebuscamiento.

Los poetas de este apartado, donde se perciben algunos ecos de los anteriores, forman una como prolongación del "40", a tal punto que a veces —muchísimas veces—, se hace muy difícil una diferenciación.

No proceden de grupos organizados sino más bien de revistas literarias. Hay una gran mayoría de la Provincia de Buenos Aires y del interior de la República. En la Provincia de Corrientes, "tierra sin poetas", como erróneamente se dijo alguna vez, son dignos de destacar los nombres de Alfredo Mariano García, Carlos Gordiola Niella, Darwy Bertí y Juan José Folguera. Por eso, en muchos, es sostenida la vibración telúrica y el acento netamente "neopopular": Antonio Esteban Agüero, Raúl Galán, Manuel J. Castilla, Raúl Aráoz Anzoátegui, Néstor Groppa, Mario Busignani. Otros proceden de la ciudad, y cultivan una poesía de la urbe, con mucho de Olivari: Mario de Lellis, por ejemplo, y algunos, los más contados, un lirismo de corte social, con algo de Neruda y César Vallejo: Blasetti, Nicandro Pereyra y Castelpoggi. De ahí que puedan ser perfectamente agrupados por "tendencias".

Hacia este período colocamos la labor de: Emma de Cartosio, Guillermo Orce Remis, José Eduardo Serí, Ernesto D. Marrone, Norberto Silvetti Paz, Francisco Tomat Guido, Angel Bonomini, Raúl Amaral, Nicolás Cócara, María Isabel Orlando, Horacio Armani, Américo Calí, Julio Díaz Usandivaras,

Alfredo Roggiano, las malogradas Ana Teresa Fabani Rivera y María Adela Agudo; y María Elena Walsh, impregnada de una llamativa maduración lírica, en "Otoño Imperdonable", su libro inicial, pero que no llegó a frutos de mayor intensidad, como era de esperar de talento tan genuino. Finalmente, Jorge Vocos Lescano, diestro en el soneto, de laboriosa perfección formal, madurado en sus inicios al calor magnífico de Miguel Hernández; y otros que harían demasiado extensa esta ya larga mención.

4. TENDENCIAS HACIA LAS ESCUELAS EUROPEAS DE VANGUARDIA

Como reacción a los gustos tradicionales de los poetas estudiados anteriormente, en un grupo cada día más numeroso, se está operando, por un lado, un decidido avance hacia las escuelas poéticas europeas que estuvieron en auge hace más de veinte años —surrealismo, crecionismo—; y por otra parte, un decidido acercamiento a las más eminentes voces de nuestros días, también europeas y algunas americanas: Eliot, Pound, Luc Deaunes, John Perse, René Char, Vallejo; y, en menor grado, pero evidente: Ungaretti, Quasimodo, y el español Vicente Aleixandre. Estos nombres, sumados a los de Breton, Eluard, Huidobro, y en muy pocos, Aime Cesaire, marcan la órbita en que se mueve el azaroso tránsito de los poetas aquí reunidos.

"Poetas del inconformismo, en abierta rebelión contra los supuestos formales de la poesía, contra las maneras tenidas por prestigiosas, contra las convenciones literarias" (11), según declaraciones de sus integrantes.

Los antecedentes más remotos de este grupo, casi esencialmente en Buenos Aires, datan de abril de 1944, año en

(11) De "poesía buenos aires" Nros. 13-14. primavera de 1953, verano de 1954.

Véase, también: *Antología de la nueva poesía*, selección, prólogo y notas de Raúl Gustavo Aguirre. (Edic. poesía Bs. As., 1952).

que aparece la revista "Arturo", agrupando la nueva tendencia del "invencionismo-estético"; tendencia que también derivó hacia un auténtico sector joven de nuestra pintura.

En 1948, aparece "Contemporánea", bajo la dirección de Juan Jacobo Bajaría, revista que desaparece dos años después, dando paso al nacimiento de "Poesía Buenos Aires", que nuclea a los hombres más salientes de esta promoción: Edgar Bayley, Raúl Gustavo Aguirre y Mario Trejo, entre los de mayor poyección. Cabe también mencionar aquí, los nombres de Osvaldo Svanascini, Fernando Birri, Miguel A. Brasco, Manrique Fernández Moreno y Rodolfo Alonso.

Dentro de este mismo movimiento, es interesante consignar la actitud del grupo llamado "madí" —unión de las dos primeras sílabas de "materialismo dialéctico"—; actitud, con respecto a la poesía, más bien de alejamiento o despreocupación por todo lo que sea el hecho vital o "la posición esencial de la poesía". Así es como el "madismo", se redujo a una pura aventura sin más significación en sí, que la palabra por la palabra. Son representantes mayores y tal vez únicos de este momento: Carmelo Arden Quin y Kósice.

Interesa por último, mencionar la aparición del grupo llamado "surrealista", con Enrique Molina (h), que a partir de su libro "Pasiones Terrestres", deriva hacia esta tendencia; Aldo Pellegrini, Carlos Latorre y Eduardo A. Jonquiéres, reunidos en torno a las revistas "A partir de Cero" y "Letra y Línea". Esta última, ya desaparecida, pero a su turno, puesta al servicio de una actitud de ataque y virulencia, actitud nada constructiva por cierto, hacia la labor de escritores de reconocida jerarquía; todo eso en un tono a todas luces, de resentimiento y deplorable quehacer literario. (No olvidamos todavía que mientras estos "acriollados surrealistas" vociferaban —especialmente uno de ellos—, contra Bernárdez por católico y contra Molinari, por "barroco vacío", por esos mismos días, el suplemento literario de El "Times" de Londres, destacaba en lugar saliente, junto con la obra de Luis Cernuda y Rafael Alberti, el alto lirismo de Ricardo Molinari; acaso,

y sin acaso, uno de los más señeros y personales que se han dado en la poesía argentina de hoy).

Pero es aquí, sin duda, en el "surrealismo", donde está fundamentado un más agudo avance hacia las profundidades del ser; avance que, por lo general, o casi diríamos, innegablemente, todas sus realizaciones desembocan en las conocidas formulaciones estéticas de Breton, Eluard, y otros pontífices mayores de la escuela.

Observamos en estos poetas, una dinámica de afanosa relación con lo inaccesible; dinámica sometida a una secreta concreción de imágenes, aparentes entre sí, pero que siempre traducen una conformidad de arbitraria tengencia con la realidad. Naturalmente que esto, edifica ese onírico orden de vivencia en que se mueve esta poesía que aspira a conducir a las últimas posibilidades de una unitiva integración de la vigilia poética, en su más estrecha razón con zona de lo subconsciente.

Experiencias que recogemos en las obras de Molina (h) y Carlos Latorre; y que cobran conciencia, o al menos buscan una plasmación visible en los últimos libros de ambos: "Cos-tumbres errantes" y "El lugar común".

Esta aventura, por lo demás, anima y hasta reactiva un momento, este que atravesamos, de nuestra lírica puesta en un moroso frutecer de indefinida —confusa— plenitud.

Lejos de aquella dilección por resucitar o adueñarse de estéticas que hace años han dejado su saldo positivo o negativo, advertimos la presencia de otros poetas, sin ningún nexo entre sí, a no ser el definido propósito de aclarar, valiéndose de un riguroso equilibrio de forma y fondo, las vivencias más inmanentes del mundo que los rodea.

Así, el caso de Emilio Sosa López y de Osvaldo Rössler, poetas que convergen, por caminos opuestos, a un especial estado de misticismo poético.

Como reverso a estas dos excepciones, por la inquietud de sus temas, anotamos el asomo vivo de Alberto Girri y de Héctor A. Murena; voces solidarias con el inexorable devenir de la existencia.

Murena, autor de un libro de seguro mensaje ante el hombre y por el hombre, es una cifra elocuente de la poesía vindicadora y dolorosa de nuestros días. Girri, es de un empeño más vasto. Todo el peso de su sentimiento pasional lo adscribe a la magnitud de una circunstancia, a veces, de una dureza implacable, trágica, que lo hace atravesar por la vida con la marca de un sensualismo que parece reclamar, en todo momento, lo mejor de su agudo instinto poético, puesto, decididamente, al amparo de un trascendentalismo intenso y de rara y personal significación.

Por último, caben mencionar otros nombres: Roberto Demierre, Carlos F. Grieben, Marta Traba, Roberto Di Pasquale, Carlos Viola Soto, Alfredo J. Weiss, Mario Albano, ambos fallecidos; Héctor Bianciotti, Eduardo Lozano, Eduardo Ciocchini, Narciso Pousa, y el épico devenir de Fernando Guibert: "Poeta al pie de Buenos Aires", que marca la fuerza de un intento hasta ahora desconocido en nuestro medio.

5. LOS NUEVOS

Del año 1950 a éste —casi dos lustros, tiempo que a nuestro juicio debe ser el de las realizaciones personales o colectivas, agrupamos a "Los nuevos poetas" que han dado a conocer sus primeros libros. Libros que señalan en sus autores una etapa de afinidad aleccionadora por conseguir una posición que los "diferencie" en el concierto de nuestra lírica en general.

De ahí que "Nuevo" sea el período que arranca de 1950 a esta fecha. Cabe ahora preguntarse: estos poetas, ¿merecen ya nuestra atención por las aportaciones que sus obras pudieran significar? Es decir: ¿Constituyen una *realidad viva*? Nos apresuramos a afirmar que, positivamente, sí; importan

una realidad viva, y lo que es más valioso: por encima de abstraccionismos y herméticas cerebraciones, postulan un retorno al equilibrio entre la esencia o sustancia, es decir, al misterio poético y la forma: contención o límite que regula el acontecer íntimo de cada creador. Poesía que participa de nuestro tiempo, que resume en la gravedad de su hondura, un inexorable estado de conciencia, por donde se siente el latido del mundo —y del propio poeta— en su desconcierto de angustia, de sobras, de perpetuos interrogantes. Pero también, de un signo esperanzado, de una lucha abierta entre la terribilidad pasajera del ser y el clamor del alma, ansiosa de clarividencia, de consciente eternidad.

La poesía es intrasferible, escapa a todo rótulo. Más todavía: es personal. De ahí que si obedece a la libertad no de clasificación sino de experiencia objetiva —tal este intento—, más de uno podrá creerse apenas intuido o valorado. Pero, como sabemos que poesía es padecer diario para el logro que va más allá de quienes podrían juzgarla, también sabemos que ella implica una autenticidad que responde al único nombre de *personalidad* y que por eso, trasciende la voz y la obra de cada uno. Por ello, sostenemos que son contadísimos, por no decir escasos, los poetas argentinos que pudieron haber manifestado una casi acatada influencia sobre los poetas posteriores. Acatamiento, por otra parte, común y sensible en las grandes culturas poéticas del viejo mundo. Por ejemplo, en Francia, el surrealismo; en España, Antonio Machado y Lorca; en Italia, Ungaretti, Quasimodo, Montale.

El rótulo aquí impuesto, es el que obliga a la ubicación cuando es colectiva y estamos en edad e ímpetu de ver —poéticamente— sentir y sobrevivirnos a los demás. Por eso, quien ve, siente y tiene el ansia de sobrevivir —por lo auténtico de su obra—, es “Nuevo”, para nosotros.

Cuando en 1940, Juan Ramón Jiménez, enjuició valiente y valederamente la poesía española del presente siglo, nos legó la enseñanza más vasta y profética.

El fue quien advirtió: “Sin emoción, sin amor, sin espí-

ritu poco vale la poesía por mucho que cueste: está al alcance de cualquier culto o listo, poseedor de tal ventaja viajera, lingüística, libresca, tales secretos filosóficos, alcohólicos o jugadores del arte o del amor". Y con aquella inefable precisión que era su rasgo más lúcido, recordaba a los vanos experimentadores de los "ismos caducos": "Ni el amor ni la poesía se cambian ni se perpetúan con receta, por más peliaguda que sea. Sólo con volver a amar de veras, con volver a poetizar de veras, se es nuevo en amor y en poesía. El amor y la poesía no se aprenden, no se copian sobre todo. La poesía se poetiza y el amor se ama" (12).

Creemos que en el sector más representativo de nuestra poesía actual, principalmente en "Los Nuevos", se están cumpliendo estos preceptos revestidos de eternidad.

Junto a los nombres de: Dora Melella, Elizabeth Azcona Cronwel, Romilio Rivero. Betina Edelberg, Luisa Aragone, Alfredo Veiravé, Irma Peyrano, Alejandra Pizarnik, Luisa Passamanik, Guillermo Whitelow, Juan José Saer, Oscar H. Villordo, Antonio Requeni, Héctor Miguel Angeli, Tomás Eloy Martínez, Osvaldo López Noguero, Fernando Lorenzo, Hugo Acevedo, Leoncio Gianello (h), Juan José Hernández y Enrique Vidal Molina; junto a estos nombres salientes, queremos proponer como ejemplos de nuestras afirmaciones, a cinco voces que, en sus mensajes poéticos, afirman la calidad y vigencia de las promociones más recientes.

Un brevísimo análisis seguido de un poema, nos bastarán para sentirlos.

MAGDALENA HARRIAGUE. Publicó en 1953, "Poemas de Evasión". Puede resumirse la esencia del libro, en una intensa y complacida búsqueda de Dios, en un alto y vivo estado de pregunta y ruego, por donde resuena la Biblia y un maduro y beneficioso soplo de Gabriela Mistral.

"Oír la Tierra", hasta el presente, es su mejor libro.

(12) JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, *Crisis del espíritu en la poesía Española contemporánea*, en "Nosotros" 48 y 49. Segunda época, Marzo y Abril 1940.

Allí, el canto se adensa por cauces más firmes, y el desborde emocional primero, cede a cierta forma más que del sentir del, pensar. Poesía que está por encima de toda metafísica negativa, sumergida en el universo, y parte misma de ese universo que la reclama con el peso tenaz de sus vigiliass y la alucinación de sus vencimientos: "Oh ver el encierro de pájaros y palabras,/el subsuelo de sabiduría,/las voces quemadas".

Acaso, uno de sus poemas más sostenidos y existenciales, sea :

ESTAMOS MUERTOS BAJO EL AGUA

Estamos muertos bajo el agua,
muertos de furia inútil,
de enloquecidas lenguas lamiendo los vidrios.
Nos despedazan puntas de cielo
y enormes ruidos con forma y vigor de puños.

He aquí la rotura
en lo más firme del pensamiento.

He aquí la gran cavidad de la tierra
con sus bordes todavía florecidos,
con sus jardines en fragmentos
aun colgando de la antigua belleza.

Estamos ya caminando una agusanada humedad,
una intensa podredumbre de templos vacíos.
Andamos entre desprendimientos
de largos meses sin utilización.
Corremos azotados
en las cuatro esquinas del miedo.
Y sentimos que nos faltan los dientes
para morder la batalla,
que se han roto inútilmente las uñas
en una trabajada elaboración de días parejos.
Y morimos.

Morimos una y otra vez,
gozosos de tantas espadas líquidas,
gritando por esta alzada reivindicación del agua,
revestidos con un afilado ropaje de violencia,

descolgándonos desde la altura
hasta el fondo de las fecundaciones mansas,
de los rostros impávidos.

¡Oh! nosotros,
muertos bajo el agua,
creadores de una mueca victoriosa.

HÉCTOR VIEL TEMPERLEY. Autor de "Poemas con Caballos", libro entrecruzado de gracias forestales, donde el hechizo de la llanura bonaerense parece agrandarse en un predio abierto a la luz, a la hierba y al transitar incesante de las ganaderías.

Ultimamente, ha derivado hacia una poesía de dramático acento religioso; pero aún allí, en su llameante lucha interior, resuena, agrandada, su vocación terrena.

De Viel Temperley, es este poema:

EL NADADOR

Soy el nadador, Señor, soy el hombre que nada.
Soy el hombre que quiere ser aguada
para beber tus lluvias
con la piel de su pecho.
Soy el nadador, Señor, bota sin pierna bajo el cielo
para tus lluvias mansas,
para tus fuertes lluvias,
para todas tus aguas;
las aguas como lonjas de una piel infinita,
las aguas libres y las de los lagos,
que no son más que cielos arrastrados
por tus caídos ángeles

Soy el nadador, Señor, soy el hombre que nada.
Tuyo es mi cuerpo que hasta en las más bajas
aguas de los arroyos
se sostiene vibrante,
como en medio del aire.
Mi cuerpo que se hunde en transparentes ríos
y va soltando en ellos
su aliento, lentamente,

dádoselo a aspirar
a la corriente.

Soy el nadador, Señor, soy el hombre que nada
hasta las lluvias de su infancia,
que a las tardes crecían
entre sus piernas salpicadas
como alto y limpio pajonal que aislaba
las casonas
y desde sus paredes celestes,
se ensanchaba.

Soy el nadador, Señor, soy el hombre que nada
por la memoria de las aguas
hasta donde su pecho
recuerda las pisadas,
como marcas de luz, de tus sandalias.
Y recuerda los días, cuando el cielo
rodaba hasta los ríos como un viento,
y hacia el agua tan azul, que el hombre,
entraba en ella y respiraba.

Soy el hombre que nada hasta los cielos
con sus largas miradas.

Soy el nadador, señor, soy el hombre que nada.
Gracias doy a tus aguas, porque en ellas
mis brazos todavía
hacen ruido de alas.

ADELA TARRAF. De la Catamarca ancestral de Carlos B. Quiroga y Luís N. Franco, apenas nacida, Adela Tarraf llega a la ciudad porteña. Lleva entremezclada en sus venas, sangre de aquel remoto Hafiz de Chiraz —el más perfecto de los líricos árabes— que hace seis siglos, entre roscales de ensueño, escribió aquella obra maestra que se llama el “Diván”. En San Isidro de la Provincia de Buenos Aires, transcurre su infancia, y en el estudio de la literatura española, la concreción de su profesorado. En 1952, da a conocer su primer libro, “Verdes Horas”, nacimiento de un poeta finamente pasional, a la vez que contemplativo y de mística efusión con el alma de las cosas que le rodean. En 1954, movida por el

ansia de rescatar en canto las vivencias de nuestros ríos, llega a Santiago del Estero, venero auctóctono y vestigio de seculares civilizaciones, y nos trae su largo y encendido canto al "Misqui Mayu" —Río Dulce—, que se llama "Donde visible llega el Tiempo", y es todo un himno de fervorosa exaltación natal.

En 1955, en el mes de septiembre de la libertad, funda "Orbita", revista de Arte y de Argentinidad, amorosa obra de espíritu y vigilia sostenida por su personal esfuerzo, y en cuyas páginas alternan firmas de escritores de diversas tendencias y promociones. En 1957, publica un cuaderno de poemas de amor: "Pastoral en Noviembre". Emoción, hondura temperamental y espíritu, afirman la búsqueda de este poemario, y por momentos, una visión conmovida del mundo.

El tiempo afirma en su poesía la más rotunda constante espiritual. Y se lo siente como es: con su peregrino cargamento de bienes y en la silenciosa, melancólica, vastedad que renueva su designio ineluctable. No es otro el móvil confesional dirigido al Dios que llevamos en nosotros: "Más allá de las ruinas y del viento,/de este suelo sin paz y moribundo/bajo tu noche voy, niño del mundo/traspasada en abril y ungimiento/levantando esta fe en sacudimiento./como un ciprés que enamorada fundo".

El agua, es la segunda obsesión estética de su poesía. Adquiere la resonancia de un hechizo cósmico y de anchísimo júbilo, que la lleva a idear una nueva forma poemática: la "Marinada", versos largos y pie quebrado —que trata temas exclusivos del mar.

Poeta de tenso equilibrio emocional, en su voz se celebra un momento feliz de lírica femenina; una atenta y vibradora vocación de belleza, cumpliéndose desde el hontanar incesante de su inquebrantable fe humana.

Por sobre la brevedad de la vida, en la serena y esperanzada dimensión de su alentar —"oyendo el agua entre piedras"—, nos adelanta su plácido testimonio de eternidad, en la estremecida sencillez decidora de su poema:

ANTE UNAS FLORES EN LA FALDA

La falda
que de tanto vuelo está volada de viento,
ha desdoblado
flores como ojeras antes de la consumisión.

En el dibujo inominado defienden
un ayer de pérdida naturaleza.

Componen la postal de una foliada ternura;
la imitación de un esplendor caliente;
dejadas de olores y murmullos
no tremolan al son guitarrero del grillo.

También de nosotros quedará una fotografía.
Dirán: Así era. Tenía los ojos nobles,
y la voz argentina.

Oyendo el agua entre piedras
en una esbelta costa con fondo de poniente
quisiera perdurar,
acompañando el mundo, en adioses que no serán des-
incorporándome [pedida,
en piernas como torneados tallos
que irían aventando
la flora cósmica
de la sonrisa.

AMELIA BIAGIONI. Nacida en los pagos santafesinos de Gálvez, y ciudadanizada porteña. Su primer libro, "Sonata de Soledad", señalaba la innegable presencia de un poeta; pero es en "La Llave", su segunda colección de poemas, donde su humanidad cobra acentos de verdadera dimensión lírica.

Dios, la tierra que la vio nacer, y el tiempo de una inmensa ciudad donde vive y espera, son sus grandes ausencias, a la vez que el porvenir esperanzado de su canto.

Ya en su primer itinerario, decía:

"El otoño me mira desde un rincón del mundo.
Si vuelvo es porque sé que no podrá ya herirme,
ni aunque su último pájaro me roce moribundo.
Si vuelvo es porque puedo recordar sin morirme".

Acaso en estos versos de cristalino acento, estaba resumiendo su quehacer futuro, el gran padecimiento de su soledad.

La realidad de su poesía se nutre, por un lado, de una infinita —acerba— nostalgia, y por otro, de un desasosiego urbano, de una añoranza sin término que le arranca verdaderos “cortejos de dolor”.

En la voz de Amelia Biagioni, se prolonga, sensitiva y reminiscente, una de las tradiciones más puras de nuestra poesía.

Así la apreciamos en uno de sus poemas más felices:

LA LLOVIZNA

“Yo, con la frente en el Costado abierto,
y el talón en el musgo de los siglos.
Yo, que inventé el otoño lentamente,
y gris y levemente soy su vino.

Yo, que ya agonizaba cuando el hombre
me amó para nombrarme: la llovizna.
Yo, que cruzando su durar lo nubo
de eternidad y de melancolía.

Yo, que debo medir la soledad
entera, y desandar todo el recuerdo,
y más; y gris y lentamente, el día
señalado, asperjar el fin del tiempo.

Yo, a veces. mientras limo tristes mármoles
y herrumbro amantes, pienso que en la tierra
no existo, que tan sólo voy cayendo,
así, de la nostalgia de un poema”.

JOAQUÍN O. GIANNUZZI. Toda su labor poética está contenida en dos intensos y maduros libros, todavía inéditos: “Si nunca despertáramos” y “Nuestros días mortales”. Su canto es un largo y progresivo monólogo con Dios y con la vida. Tradujo de D’Annunzio, su tragedia “Fedra”, composiciones de Petrarca, Fóscolo, Eliot, Auden, e íntegramente los poemas de “Giorno dopo Giorno”, de Salvatore Quasimodo.

Las mejores experiencias de la lírica contemporánea, han sido sabiamente absorbidas por este poeta desearnado, inmedido, hecho dentro de un realismo abstracto, y muy cerca, por su procedimiento estético-anímico, de los nuevos poetas norteamericanos, especialmente de Karl Shapiro.

Giannuzzi, es uno de los valores más salientes y seguros de las últimas promociones. Este poema de transida delicadeza expresiva, contituye un alto exponente de lirismo-filosófico:

TUMBA DE LOS CABALLOS DE CARRERA
EN CHAPADMALAL

Los delicados huesos que la tierra
apenas con el peso de una sombra cubre
se detienen aquí,
lejos del viento que les dio sentido
y espaciosa morada.

Por una vez, acaso
vana ha sido la muerte, pues la oculta
hermosura transcurre
en el centro impetuoso de la multitud
que consagró su unánime locura
a los dioses de limpios ojos.

El tiempo
que también devora ciudades y rosas,
inició en las soberbias
y levantadas figuras que amó el aire
un cambio incesante
hasta reunir las en la vasta sombra
y desde allí adelanta hacia otras mañanas
la pasión y el rumor del galope memorable.
Así, la eternidad.

Aquí el hombre ha desistido
su proceder absurdo bajo el cielo:
perdido el remordimiento
y el significado de toda sabiduría,
reunió los cuerpos que en su memoria
levantan un resplandor que no cesa;
ni triste ni alegre,

con extraña serenidad seputó a sus caballos
que ahora yacen como en seno
de una dulce costumbre.

La muerte que pretendemos conocer
no es esta: ninguna
meditación piden a los instantes del hombre,
ni la inútil interrogación de la desdicha.

En la desnuda inscripción de la piedra,
todo está conocido: así como entre todas
las flores que más amamos
escogemos algunas en la memoria,
porque han sido el acontecer y la dicha
de una existencia única.

Cinco poetas: cinco voces que comprueban aquellas tres
guías esenciales que proclamaba Juan Ramón, para toda poe-
sía auténtica: emoción, amor y espíritu. Es decir, tres virtu-
des del ser en sus repliegues más íntimos.

No quisiéramos terminar este intento, sin una breve re-
capitulación. Para ello volvemos a preguntarnos: ¿Cuál es
el aporte positivo de nuestros poetas en este más de cuarto de
siglo aquí mencionado?

Comencemos por afirmar: una búsqueda incesante, un
intentar todos los caminos en aquel afán por encontrar un
equilibrio entre lo sentido y lo intuído; esto es: algo o mucho
de aquello que le hiciera escribir a Supervielle: “Yo anhele
una poesía de conocimiento que buscarse en el fondo de nos-
otros nuevas profundidades, y quisiera otra que, reanudando
con la poesía tradicional, nos hiciese oír un canto nuevo pe-
ro para el cual estábamos oscuramente preparados” (13).

Esto último, es decir una poesía íntimamente fundida
con la poesía tradicional, por aquello de que lleva en sí “la
permanencia de lo intemporal” que proclamaba Antonio Ma-

chado, creemos que es la zona de vigilia más cierta que ilumina la lírica argentina de hoy.

Pero no olvidemos, y éstas, también son palabras de Supervielle: "Anheló que las preocupaciones de los hombres de las ciudades no hagan desaparecer poco a poco de la poesía la hierba y el cielo, los árboles y el aire libre, la paz de los campos. Los versos de naturaleza y de amor se enrarecen en Europa. Puedan América y Asia conservarnos su beneficio y su deseo" (14).

Es para nosotros este mensaje escrito hace veintidos años. No lo olvidemos. No olviden, principalmente, los poetas que siendo de esta patria abierta a la hierba, al cielo y a los árboles, lo son de América, y ya importan, por sus obras, una serena lección de arraigo y dignidad para con la poesía, en el sentir de Juan Ramón Jiménez: "Gracia única, delicada, infinita".

DAVID MARTINEZ

(13) y (14) En el artículo *El porvenir de la Poesía*. "Sur", Nº 24, Septiembre de 1936, Año VI. Buenos Aires.

